

EL AUTO DEL SEÑOR DUFÓ

por Mario Bellatin

Por alguna razón que desconozco, la prima de mi madre se enteró, de pronto, de las visitas que un amigo y yo habíamos empezado a hacer a casa de su vecino. Tratábamos de comprarle un auto antiguo. De colección. Un Volkswagen Karmanghia del año 62. Al enterarse de estas visitas, la prima de mi madre nos citó en su casa. Nos recibió, creo, en su dormitorio. No sé por qué vive en un barrio marginal. La casa es tan pequeña que no sabíamos bien en qué pieza nos encontrábamos. Si en su dormitorio o en la sala principal. Nos dice que ha convocado al vecino. El vecino no parecía tener conciencia del valor real del Karmanghia, sin embargo se había negado a venderlo en cada una de las visitas que le hicimos. La prima de mi madre nos informa que en realidad no hay razón para que el vecino no quiera deshacerse del auto. En ese momento trato de explicarle que ni mi amigo ni yo deseamos comprarlo en realidad. Que muchas veces solemos interesarnos en objetos extraños sin la intención de adquirirlos, a pesar de seguir exhaustivamente el rito de la compra venta. Nos encanta el modelo, sabemos que se trata de un auto de gran valor, pero no estamos en condiciones de afrontar los problemas que una adquisición semejante nos traería. No sé cómo la prima de mi madre se enteró de nuestras visitas a su vecino, pero lo cierto es que ahora nos encontramos, mi amigo y yo, metidos en un compromiso. Una vez adquirido el auto habría que transformarlo por completo. Arreglar la carrocería, componer el motor. No teníamos tiempo ni recursos para hacerlo. Sabíamos además que ese tipo de trabajos nunca quedaba bien.

Yo había aprendido que los únicos autos en los que se podía confiar era en los recién salidos de fábrica. A partir del afinamiento que debía efectuarse transcurridos los primeros quince mil kilómetros, comenzaban los problemas. En varias oportunidades me había sucedido que nunca más un coche nuevo volvió a tener la potencia que poseía cuando salió de la concesionaria. Es por eso que no quise pensar en lo que sucedería con un modelo de casi cuarenta años de antigüedad. Con un auto similar al del señor Dufó, que cuando yo tenía alrededor de tres años de edad visitó más de una vez mi casa conduciendo un Karmanghia. Que lo hizo especialmente cuando mi madre y yo nos quedábamos solos. Recuerdo que ese modelo era de color verde. Estoy casi seguro de que el techo era blanco, aunque no lo podría asegurar dada mi corta edad.

En realidad, ni mi amigo ni yo queríamos hacernos cargo de un Karmanghia del año 62 en malas condiciones. Pero allí nos encontrábamos. En la humilde casa de la guapa prima de mi madre, esperando la llegada del propietario. Ella vestía una bata. Al parecer no tenía planeado salir a la calle. Su belleza era evidente. A pesar de su edad, debía haber pasado los

cuarenta años, su figura se mantenía contorneada. Contaba con una breve cintura, y unos pechos grandes y redondos. La cabellera era ondulada, pelirroja. Le llegaba a los hombros. Yo no entendía por qué vivía en un lugar semejante. Los demás miembros de mi familia se hacían la misma pregunta. Lo peor no era que tuviera su casa ubicada en aquel lugar, sino que ese hecho no pareciera avergonzarla. Cada vez que podía realizaba una serie de celebraciones. Invitaba a su cumpleaños, a la navidad, al año nuevo. Su humilde cuarto era lugar, además, de celebración con sus compañeras de la infancia. Todos los años mandaba unas pequeñas esquelas para recordar un año más de la graduación escolar. Lo triste era que casi nadie acudía a sus fiestas. Los miembros de la familia ni por equivocación ponían un pie en una zona semejante, y sus compañeras la mayoría de las veces tomaban a broma las esquelas que recibían.

Cuando llegó, cerca de media hora después, el propietario del Karmanghia, la prima de mi madre salió a recibirlo de manera algo agresiva. Lo increpó diciéndole que cómo era posible que no nos hubiese querido vender, a mi amigo y a mí, el auto en cuestión. Parece que aquel hombre tenía uno o dos vehículos similares, pero los mantenía escondidos en una cochera cercana. La prima de mi madre lo mencionó en ese momento. Dijo además que el vehículo que tenía estacionado en la puerta de su casa —se trataba en realidad de una humilde choza situada en las cercanías— era el más destartado. El hombre pareció avergonzarse. Agachó la cabeza y dijo que no había querido vender el coche hasta ese momento, en que se daba cuenta perfectamente de la situación. Noté cierta maldad en la inocencia de sus palabras. Una suerte de crueldad no presente en ese hombre en particular, sino inherente a la conducta de la gente. Todas las veces que habíamos ido a querer comprarle el auto se había negado por razones oscuras. De otra manera no sería lógico que aceptara venderlo a la menor insinuación de su vecina. La prima de mi madre le dijo que lo vendiera, a un precio bajo además. Ni mi amigo ni yo pudimos intervenir en las negociaciones que comenzaron a establecerse en aquel cuarto. Nosotros no parecíamos tener cabida en la conversación. Queríamos haber dicho que no deseábamos el auto. Que iba a ser un problema su mantenimiento. Que era lo mismo que sucedía cuando alguien acostumbraba adquirir una mascota. El problema radicaba principalmente en lo que se debía hacer después con ella. De alguna manera, la compra de mascotas y de autos destartados contravenía las leyes naturales del mercado. Se trataba de gastar el dinero no para resolver problemas sino para crearlos. Recordé a los galgos y a los gatos de razas extremas, que tanto mi amigo como yo habíamos ido adquiriendo en los últimos tiempos. Había sido como ir colocando una carga encima nuestro, lo que logró, al final, dejarnos atados sin ninguna libertad. No supe en ese momento cómo hacían las demás personas para llevar sin problemas sus finanzas. Allí veía

a la bella prima de mi madre discutiendo con aquel hombre humilde, dueño de una sutil vileza según mi percepción de ese momento. A mi amigo, sentado a mi lado, sin poder dar su opinión.

Sentí que no podía desperdiciar la madura belleza de la prima de mi madre en una empresa semejante. Recordé entonces que ella, más de una vez, le había pedido a mi familia un favor en especial. La recuerdo, muy bien vestida, solicitándole al hermano de mi madre su recomendación para proponerle ciertos negocios a un amigo millonario, dueño nada menos que de una compañía de aviación. Sin embargo, el hermano de mi madre se negó siempre a recomendarla con aquel amigo. No confiaba en ella, pensaba que tenía mucho de manipuladora, de mujer no confiable. “¿Qué le habría querido plantear al millonario?”. Era una duda que se mantuvo en la familia por varios años seguidos. Quise preguntarle su opinión al amigo sentado a mi lado. Cuestionar sobre lo que deberíamos de hacer con ese hombre que en ese momento aceptaba dócilmente la venta de su auto. Fue inútil. Vi a mi amigo siguiendo aquella conversación como si no estuviera involucrado él también en el asunto. Quise hacerle saber que debía intervenir, cortar de alguna manera las negociaciones. Habíamos llegado muy lejos yendo todos los días, religiosamente, a la casa del hombre para que nos vendiera el Karmanghia. Yo tenía motivos para hacerlo. Quería y al mismo tiempo no quería poseer un automóvil así, parecido al del señor Dufó, pero ignoraba las razones que mi amigo podría tener para emprender una rutina semejante. En ese instante, cuando la prima de mi madre reía porque había logrado que el vecino pusiera a nuestra disposición también los Karmanghias guardados en la cochera, creí comprender las intenciones de mi amigo. Buscaba quizá protegerme de los fantasmas de mi infancia. Fue entonces cuando me atreví a preguntarle a aquel pobre hombre si poseía un auto verde con blanco, como el del señor Dufó.